

EL CICLO 0/3 DE EDUCACIÓN INFANTIL: UN RETO PARA EL FUTURO

El ciclo 0/3 es una etapa educativa

Frente al conocimiento que hoy en día tenemos sobre esta primera etapa de la infancia resulta totalmente anacrónico pensar que no se la deba tratar desde una perspectiva educativa y, en ningún caso, sólo de una forma asistencial. Podemos pensar, incluso, que debe ser una etapa entendida de forma preventiva, justo por todo el peso específico, y a menudo difícil de compensar en etapas posteriores, que tiene en la dimensión del crecimiento de los niños y niñas, si se pretende que éste sea, realmente, un desarrollo integral.

No puede ser simplemente asistencial porque ello comportaría, una vez más, y en una nueva dirección, ampliar la perspectiva neoliberal de nuestra sociedad occidental, una perspectiva altamente contaminadora de los criterios humanistas y de los valores sociales que se fundamentan en las relaciones basadas en el respeto, el reconocimiento de los otros y de la cooperación, en definitiva, de la responsabilidad. No se trata sólo de promover ayudas económicas a las familias, de facilitar que tanto padres como madres tengan acceso a las redes del mercado laboral, sino que se trata, incluso, de ayudar a las familias a encontrar la medida adecuada de su papel como padres, reforzando el gran valor educativo que tienen en una fase tan plástica, tan potencial, y a la vez tan frágil, como son los tres primeros años de vida.

Es educativa y preventiva porque favorece una visión y una intervención específicas, porque es un complemento, no sólo favorable, sino que diría, tal y como van las cosas en la panorámica social actual, casi indispensable para una parte importante de la población, especialmente en las zonas urbanas en las que hay una gran masificación, y por tanto, un nivel de estrés relacional muy significativo. En cambio, quizás no ocurra lo mismo en cuanto al tipo de medio social que se ve más afectado por esta necesidad, puesto que cada vez parece menos significativo el poder adquisitivo de las familias a la hora de plantearse esta necesidad: muchos son los niños y niñas poco o mal atendidos entre los distintos ámbitos sociales.

Es fácil caer en la tentación, desde los despachos de los administradores de turno, de considerar a la baja este abordaje educativo y preventivo porque los niños, cuanto más pequeños, menos influyen en la decisión de voto y menos consideración merecen, justamente por su aparente falta de valor en sí mismos. Quizás, sin embargo, aquello que hace que esos estamentos tengan en tan baja consideración esta etapa infantil sea debido al gran desconocimiento de sus características, así como por una falta de valoración desde la perspectiva de inversión de futuro, difícil de cuantificar de una forma específicamente objetiva.

¿Qué saben ellos del impresionante papel actualizador del proceso filogenético de nuestra especie, que conllevan estos tres primeros años de desarrollo? ¿Qué saben ellos del milagro, por decirlo de alguna manera, que se produce minuto a minuto en la vida de un bebé que va construyendo, de una forma imparable, cada uno de los recursos que le van a ser necesarios para desarrollar un proceso de vida que le permita la consolidación del sistema nervioso, partiendo casi de la nada, edificado en un mar de neuronas inconexas, en la capacidad de interactuar con el mundo social y en la de construir el conocimiento sobre los objetos y las ideas? ¿Qué saben ellos del inmenso esfuerzo, y dolor, que comportan los procesos de separación y diferenciación, en suma, de los procesos que favorecen la construcción de la propia identidad, y de los bloqueos a los que muy a menudo se encuentran sometidos los niños y niñas pequeños en esa primera inmersión en la cotidianidad de lo relacional, afectivo y emocional? ¿Qué saben ellos de tantas y tantas cosas que afectan de una forma substancial esos primeros pasos en la conquista del mundo?

Decía, que acoger esta etapa con pleno derecho dentro del sistema educativo es, también, una gran inversión de futuro, puesto que los profesionales, los investigadores, científicos, padres y madres, ciudadanos en definitiva, del día de mañana, se están constituyendo desde el mismo momento del nacimiento de cada niño y niña. No podemos esperar a que pasen algunos años

para acompañar y favorecer su proceso de crecimiento, y en ello la familia juega un papel primordial en este período. Pero justo, la familia es una de las estructuras que más está padeciendo los efectos de los cambios socio-económicos y culturales de nuestro tiempo. Un tiempo que se caracteriza, por una parte, por el significativo cambio de la estructura familiar, y por otra, por la difuminación de valores insustituibles que está contribuyendo a la conflictividad relacional, a la confusión y a la desconfianza.

Como prueba de este cambio en la estructura familiar se puede mencionar la evidente disminución de los niveles generacionales en el núcleo de la familia, la tendencia de las dos últimas décadas a tener un solo hijo, las familias monoparentales, las familias reconstituidas, las adopciones, tanto nacionales como internacionales, las fecundaciones artificiales y, prontamente, las familias unisex. No entro en ningún tipo de valoración, no me atrevo, ni tengo ningún derecho a decir si esto es y/o será mejor o peor de lo que teníamos hasta ahora, pero no hay duda alguna de que la complejidad que todo ello comporta está cambiando las dinámicas relacionales y, por tanto, las vivencias afectivas y emocionales de los niños y de los adultos que los cuidan. En los centros educativos percibimos una muestra de estas dificultades en lo que denominamos la regulación de los límites: cada vez vemos, en niños y niñas más pequeños, una significativa dificultad para aceptar la contención y estructuración que comporta el trabajo que los padres y madres articulan alrededor de la claridad de los límites, de aquello que es bueno, posible y conveniente hacer en momentos determinados, y que en estas edades los niños y niñas no pueden organizar por sí solos¹.

Como prueba de la desarticulación de las bases sociales para la estabilidad, el crecimiento personal y el bienestar, entendido éste desde la perspectiva de una vida buena, más que de una buena vida, podemos hablar del estrés que genera el desequilibrio entre lo biológico de nuestro ser, que sigue avanzando lentamente en el continuum de la estela filogenética, y los avances de la creación humana: el emergente de una información y conocimiento imparables y de una tecnología que nos plantea serios retos éticos, a parte, desde luego, de todos los beneficios que le debemos. Podemos hablar, también, de la desconfianza asociada a esta sociedad neoliberal que es capaz de plantear el absurdo de la felicidad total y permanente, pero sólo para unos cuantos, y los mitos de adoración a la esbeltez corporal, los de la ocultación de la vejez, la enfermedad y la muerte. Podemos hablar también, de la incertidumbre a la que nos vemos sometidos frente a todos los desastres que, sea de una forma natural, como las grandes inundaciones, sea de una forma intencional y provocada, como las guerras, el terrorismo, o los acontecimientos de cariz medioambiental, están constantemente poniendo en marcha las señales de alerta.

Y como muestra significativa, podemos hablar, en última instancia, de la fragilidad a la que nos vemos sometidos, debida a las afectaciones en nuestra salud física y, especialmente, a la sintomatología de la salud mental. Para ello un dato que no pretende ser apocalíptico pero que sin duda nos ha de obligar a reflexionar: en el último congreso internacional de psiquiatría realizado en Barcelona a finales del año pasado, se llegó, entre otras muchas, a la conclusión de que los niños y niñas que justamente están en la etapa de la educación infantil, cuando lleguen a las puertas de la vida adulta, alrededor de los veinte años, se verán sometidos a importantes dificultades de marcado cariz psicológico, en una proporcionalidad de uno a tres. Quizás las estadísticas se equivoquen, y en vez de esa proporción sea de uno a cinco, o de uno a diez, qué más da, lo que es relevante, y realmente preocupante, es que una parte importante de esa población se verá sometida, a lo largo de su vida, a crisis de salud mental altamente significativas, algunas más crónicas que otras: depresiones, brotes de diversa índole, perturbaciones de desdoblamiento de personalidad, anorexia, bulimia, ...

¿Qué tiene esto que ver con el papel educativo y preventivo de esta etapa de la infancia? Pues muchísimo, puesto que parece que nadie se hace suficiente eco de todas estas realidades y, a menudo, las familias tampoco acaban de encontrar la medida para hacerles frente de una forma coherente y con plenas garantías de éxito, no tanto porqué no tengan los recursos para

¹ Decir no, Asha Phillips, ediciones Plaza y Janés

poderlo hacer de una forma positiva, sino más bien porque están desorientados, desconcertados, metidos en una espiral de la que les resulta difícil deshacerse. Tiene que ver porque ésta es la época más frágil de la infancia, y la que más necesita de la claridad y la estabilidad en los vínculos afectivos, para garantizar las bases que habrán de permitir el apasionante proceso de crecimiento personal y el aprendizaje del que antes hablaba.

Un dato significativo a añadir: ahora sabemos más de la importancia y de la forma cómo se producen esos vínculos, tenemos a mano el casi recién estrenado concepto de resiliencia². La resiliencia, que de alguna manera, además de su homólogo desde el mundo de la física, y por tanto del comportamiento de los materiales, y de la herencia del concepto de “vínculo” descrito por Bowlby³, nos habla no sólo de la capacidad de los niños, en proceso de desarrollo, de resistir a los embates de la inestabilidad relacional y afectiva, sino también de la capacidad de construir esa vivencia aprovechando todos los contextos relacionales favorables. Es decir, la familia, la primera responsable, y la más eficaz en esa labor, puede y debe cumplir esa función, pero dadas las circunstancias actuales no está de más que otras instituciones procuren garantías suficientes en esa dirección, y plantearse ésta época como una etapa educativa comporta la creación de contextos, de espacios privilegiados, pensados y diseñados para hacer un buen acompañamiento de esa función.

Los educadores y educadoras, todas aquellas personas que tenemos contacto con la primera infancia no dudamos, ni por un momento, de la importancia de ese proyecto, de esas intenciones. Somos nosotros los que tenemos la información, el conocimiento y la experiencia que permiten plantearse esta perspectiva educativa. Somos nosotros, conjuntamente con las familias, que tan a menudo nos reclaman ayuda para comprender mejor todo aquello que les sucede en la cotidianidad de la relación con sus hijos e hijas, los que tenemos que explicitar y reclamar a los administradores aquello que es más conveniente para esos niños y niñas que, en el fondo, acaba siendo lo más ajustado a un proyecto social de futuro que contemple la posibilidad de un ser humano realmente más humanizado.

Ámbitos que habría que considerar para el desarrollo de un proyecto educativo de la etapa que sea sostenible y coherente

Lo dicho hasta ahora es sugerente y probablemente necesario, pero no elude el reto de que hay que potenciarlo desde diversas plataformas para que no se quede en una dialéctica entre lo familiar y lo social, entre la familia y los centros educativos. A mi modo de ver debemos considerar, como mínimo, tres dimensiones complementarias: la social, la institucional y la personal.

La social, porque se hace indispensable crear un estado de opinión, no sólo de opinión, sino básicamente de un conocimiento más profundo sobre las características de la etapa, de su importancia en el desarrollo de los niños y niñas, por tanto, de los adultos del futuro, y sobre el principio de oportunidad, en el sentido de que justo ahora es un momento adecuado para fundamentar este proyecto por todos los agravantes de los que antes he hablado.

Tenemos en nuestra contra un inconveniente significativo: el concepto de infancia es relativamente moderno, escasamente desde hace unos doscientos años, por tanto somos herederos de una cultura que aún no ha desarrollado a conciencia, de una forma universal, el período de la infancia como un período importante del desarrollo de las personas, a pesar de que aparentemente parezca que es de otra forma. Un ejemplo de ello es que a los espacios educativos de 0/3, popularmente, se les continúa llamando “guarderías”. Y otro inconveniente más: la función de la escuela, y por tanto el papel de la educación ha ido variando mucho en estos últimos años. Nuestros esfuerzos deben ir dirigidos a construir una nueva mirada, un nuevo enfoque en el que realmente se pueda pasar de la dimensión de la instrucción a la

² En estos momentos disponemos de una bibliografía significativa sobre este concepto: “Los patitos feos”, Bois Cyrulnik, “La felicidad es posible”, de S. Vanisntendael i J. Lecomte, y “La resiliencia: resistir y construir” de Michel Manciaux, todos ellos de la editorial Gedisa

³ Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida, editorial Morata

dimensión de la educación, y de la dimensión de la información a la dimensión de la cultura. Y todo ello empieza desde los primeros años, que es cuando acaba siendo más significativo.

La institucional, porque habrá que ver qué tipo de política educativa se debería poner en marcha, y de qué forma se debería hacer efectiva con la concreción de los espacios y centros educativos, y sus infraestructuras. Además, con la creación, o en su caso la remodelación o refuerzo, de los servicios necesarios para dar el soporte necesario a la tarea educativa de esos centros: del ámbito socio-sanitario, psicopedagógico, ...

La personal, porque, casi diría que en primer lugar, se debe contemplar la acogida de los niños y las niñas, de sus familias y la organización de los equipos docentes. Podríamos pensar que, por aquellos azares de la vida, por aquellas circunstancias imprevisibles, en las que no debemos perder la esperanza, aunque no podemos conformarnos con esperar, por supuesto que no, pues bien, que por esos avatares se consiguiera un cambio en la consideración social de la etapa y las instituciones se hicieran eco de esa trascendencia y fueran capaces de apostar por una inversión de futuro altamente significativa. Si luego no pudiéramos disponer de las personas cualificadas que se tienen que hacer cargo de esta apasionante tarea, difícilmente podría funcionar.

Ello me lleva a pensar que otra dimensión complementaria a las otras tres tendría que ser la de la formación de los educadores y educadoras. La atención a los niños y niñas de estas edades, justamente por la importancia de esos primeros años de vida en su maduración y crecimiento personal, debe llevarse a cabo, muy al contrario de lo que hasta el momento presente se ha estado considerando, por personal altamente cualificado y preparado, no sólo en el conocimiento de las características de la etapa, sino especialmente en su capacidad para establecer un buen vínculo afectivo, con un bagaje de actitudes personales que permitan establecer ese vínculo desde la escucha, la empatía, la contención y los límites, y la seguridad física y emocional.

Todas estas dimensiones deben desarrollarse en un marco, en una perspectiva marcadamente sistémica, una perspectiva que se sustenta en la complejidad, es decir, tomando en cuenta de una vez todos los elementos que conforman esa realidad y mirando de organizarlos en un conjunto de redes e interacciones que posibiliten el objetivo final, procurando eludir las simplificaciones y la parcelación de las tareas que se deben acometer. Hacerlo de otra manera, plantearlo desde una perspectiva mucho más lineal comporta muchas probabilidades de fracaso porque se tendería más a un enfoque que buscaría apedazar lo que no acaba de funcionar, y no tanto a encontrar soluciones que tengan visos de éxito futuro, aunque sea a más largo plazo. El reto es grande, pero lo que está en juego bien se lo merece.

Ámbitos que habría que considerar para un buen funcionamiento de la etapa y de los centros educativos

Siguiendo este itinerario que he ido planteando desde el principio, desde lo más general a lo más concreto, creo que también es importante tener en cuenta algunas de las características que se deberían contemplar para poder desarrollar una buena práctica educativa.

En primer lugar entiendo que habría que tener muy en consideración las características específicas de los niños y niñas de estas edades. Dado que este documento no pretende profundizar en ninguno de los apartados sobre los que trata, no era esa la intención inicial a la hora de escribirlo, me parece que es suficiente centrar estas características atendiendo a las cuatro grandes necesidades que hay que cubrir y desarrollar. La primera de ellas, ineludible, es la que implica los aspectos que casi podríamos denominar de tipo biológico de supervivencia, como la alimentación, la higiene, ... La segunda es la que hace referencia al mundo del movimiento, todas las experiencias y avances de los niños y niñas de estas edades pasan por lo corporal y lo motriz, por tanto debemos poder garantizar el desarrollo de esas necesidades de una forma suficientemente coherente.

La tercera tiene que ver con el mundo de las relaciones y los afectos. No hace falta entrar en más detalles porque en distintos momentos de este escrito me he referido a estos aspectos, que son fundamentales para el desarrollo armónico de los niños y niñas. La cuarta, quizás la máspreciada socialmente, pero no por ello necesariamente la única a considerar, es la cognitiva, es decir, teniendo en cuenta que los niños nacen con una disponibilidad absoluta para el aprendizaje, siempre y cuando encuentren un contexto que sepa cómo dar respuesta ajustada a sus características, debemos aprovechar esa circunstancia a favor de los niños pero aceptando que la forma, el ritmo y la concreción y diversidad cómo se va a producir ese aprendizaje va a tener muchos matices e itinerarios, hechos que a menudo no resultan nada fáciles de poner en práctica de una forma significativa para los intereses de los niños.

Para que este abordaje de las necesidades se ajuste realmente a las características de los niños y niñas de la etapa debemos sustentar nuestra intervención educativa en una confianza absoluta a sus posibilidades, y así mismo a nuestras capacidades y recursos para llevarlo a término satisfactoriamente. Vicenç Arnaiz⁴, un psicólogo menorquín que trabaja en la atención temprana, suele decir que junto a un educador/a que escucha, hay un niño/a que aprende, y creo que esta idea la podríamos hacer extensible al principio de que junto a un educador/a que confía hay un niño/a niña que crece.

Por otra parte, también, será importante considerar la relevancia de los aspectos organizativos de los centros y de las clases, o de los espacios de actividad. Son tan específicas las características de los niños y niñas de estas edades, tienen una forma tan peculiar de investir las relaciones, los espacios y los materiales, que se hace indispensable diseñar esos espacios de la forma más ajustada posible. No es suficiente con tener un espacio, con tener unos materiales, con tener personas que les van a cuidar, hay que diseñarlo todo para que se ajuste y funcione como un engranaje fluido, que tenga un sentido global.

También, desde esta perspectiva de las concreciones, se debe contemplar, de una forma específica, la dimensión de las relaciones y las actitudes, de las que hablábamos antes, en la atención de los niños y, de una forma especial, de sus padres y madres. Aunque sólo sea a modo de detalle, cada vez es más reconocido el hecho de que en los procesos de adaptación que se llevan a cabo en los centros educativos, cuando los niños y niñas acuden a ellos por primera vez, las dificultades que muchas veces éstos manifiestan no lo son tanto por parte de ellos sino más bien de sus padres, es decir, el proceso de separación que supone el inicio de la experiencia educativa afecta, sin lugar a dudas, a los niños, pero también afecta de una forma especial a los padres y madres, y podríamos aventurar, sin mucho riesgo de equivocarnos, a pesar de lo genérico de esa afirmación, que cuando un niño llora porque se queda en un espacio desconocido, con adultos desconocidos, pone de manifiesto la gran pena que se siente en el contexto familiar por este nuevo proceso de separación. De ahí la atención y el cuidado que se debe poner en esta dimensión de las relaciones, no sólo en la dirección de los niños.

Quisiera destacar otro ámbito a tener en cuenta a la hora de plantearse la organización y funcionamiento de los centros y las aulas, el que hace referencia a los procesos de enseñanza-aprendizaje. Para ello, y sin extenderme, pienso que hace falta considerar que habrá que poner el acento en estrategias ajustadas a la forma cómo los niños de estas edades viven esos procesos, que tendrá que ver con el valor que se le da al conocimiento y a la vinculación de éste respecto al mundo afectivo, de manera que tenga un sentido para ellos que favorezca su curiosidad y lo puedan relacionar a su cultura contextual.

Finalmente, creo que debemos trascender la endogamia de la especificidad de la función educativa de los docentes y de las propias familias para contemplar en una justa dimensión el valor y la función educativa de las personas que participan desde diferentes tareas en las actividades de los centros: aquellas que se dedican a la limpieza, a la cocina, al mantenimiento, ... Es un reconocimiento justo y un recurso significativo.

⁴ El profesor y la seguridad afectiva en la educación infantil, AULA de Innovación Educativa ns. 20 y 21

Simplemente para cerrar esta reflexión

A pesar de que las circunstancias sociales actuales no son las más favorables, a pesar de que la dirección que están tomando en estos momentos la conceptualización y la atención a esta etapa, no se ajustan demasiado a lo expresado en este documento, creo que no son motivos suficientes para el desánimo y la desesperanza, al contrario, creo que deben servirnos de acicate para continuar trabajando en la definición y explicitación de un proyecto que permita desarrollar la justa reivindicación de la primera etapa de infantil como una etapa educativa de pleno derecho, suficientemente justificada, frente a una consideración sesgada, insuficiente e extremadamente interesada desde los estamentos administrativos, como etapa meramente asistencial. Nos queda mucho por hacer, pero también es cierto que tenemos mucho trecho recorrido gracias a las experiencias de muchos educadores y educadoras, y de muchas otras personas, que han dedicado grandes esfuerzos para conseguir los objetivos que aquí se plantean.

Carles Parellada (ICE Universidad Autónoma de Barcelona)

Esparreguera, 9 de febrero del 2003

Carles.Parellada@uab.es

www.xtec.es/~cparella